

# Leer el Lazarillo de Tormes hoy

Jesús M.<sup>a</sup> Vallarino\*

«**N**O puede decirse que el pícaro sea lo que en lenguaje de nuestros días se llamaría un hombre materialista y práctico, puesto que sus tretas jamás le llevan a ningún puesto de provecho; es un «realista» tan sólo en el sentido de ver la vida fríamente, sin románticas exaltaciones, pero carece de toda ambición y hasta de codicia. En el fondo, es un asceta injertado en cínico, convencido de que las cosas de este mundo no valen lo que cuestan, si hay que luchar por conseguirlas, y que nada es tan cómo como vivir —a lo que salga— de parásito en una sociedad en cuyas excelencias no cree (*Si es de tan buena sangre el rey, de tan buena es su pijo*, diría más tarde Quevedo), esforzándose lo indispensable para subsistir, sin las inquietudes que desazonan a los demás».

(César Barja)

\* Profesor emérito de Literatura. Colegio Ntra. Sra. del Recuerdo. Madrid.

Tomo 238 (1998)

RAZÓN Y FE

PP. 224-232

## La picaresca

COMO fuerte reacción realista frente al falso idealismo de los poemas pastoriles y los libros de caballería, aparecen en España durante los siglos XVI y XVII numerosas novelas calificadas como picarescas. Antecedentes más relevantes de este género serían los arciprestes de Hita y de Talavera, y sobre todo *La Celestina*. Su influencia se limita a ofrecer varios personajes populares y diversos episodios y situaciones, es decir, lo que podríamos llamar *materia picaresca*. Pero la estructura y forma esencial de la novela picaresca se inauguran con el *Lazarillo*, cuyas notas más características continúan apareciendo en sus imitaciones más o menos puntuales. La peculiaridad más destacada y literariamente novedosa es la adaptación de la forma biográfica. Mediante este *yo*, el narrador, a la vez protagonista, se entremete en la conciencia del lector. Lo importante no es *lo que* pasa, sino *a quien* todo esto pasa.

En conjunto, la novela picaresca española es uno de los géneros más representativos, genuinos y populares de nuestra historia literaria. Sin duda, han existido y existen pícaros en todos los países, pero en ninguno ofrece el relato de su vida y sus costumbres una representación tan específica y detallada como en España. Las artes plásticas y la literatura de todos los países europeos han tratado extensamente la vida de los vagabundos, mendigos y pícaros. Pero sólo como motivo de risa y carcajada. En España, en cambio, juntamente con la viva jocundidad, se percibe un insondable fondo humano con perfiles dramáticos. Por otra parte, fuera de España se considera la picaresca como un género popular e inferior, distanciado de la gran literatura, mientras en nuestro país la picaresca alcanza cotas de alta calidad, que han sido tempranamente reconocidas por la crítica literaria extranjera.

El *Lazarillo*, de autor anónimo, publicado en 1554 en el reinado de Felipe II, fue prohibido por la Inquisición en 1559, y sólo pudo publicarse de nuevo tras la muerte del monarca en 1598. Su éxito provocó una serie de novelas picarescas en el siglo siguiente. Las principales: *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán, *El buscón*, de Quevedo, *Vida del escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel. Tales novelas del siglo XVII son un tanto diferentes de las del siglo XVI. Destilan mucho más amargura y resentimiento, pesimismo, exageración de la realidad, narración interrumpida para insertar reflexiones moralizadoras, estilo conceptista.

Es preciso señalar que en el siglo XVII el resentimiento del pícaro no va contra los amos ni contra las estructuras sociales, sino contra los demás pícaros de su propia calaña. Lo que parece manifestar cierto género de cobardía.

## El pícaro

**PÍCARO:** «Tipo de persona descarada, traviesa, bufona y de no muy cristiano vivir» (Real Academia Española). Pertenece al hampa. Es creyente, aunque pecador. Practica el hurto, no el robo, que implica violencia. Astuto y previsor.

El *Lazarillo de Tormes* se considera como el arquetipo de la novela picaresca. Describe el continuo vagabundeo de Lázaro, forzado a ganarse su penosa existencia pasando de amo en amo. Novela escrita en estilo denso de cosas, sobrio y rápido, de escorzos constantes e incisivos.

Por primera vez entra en la literatura la vida de un pobre desvalido que, al margen de la sociedad establecida, sin auxilio de nadie lucha por ningún otro ideal que el de librarse del hambre y seguir viviendo. De esta manera, la realidad es interpretada por un espíritu encerrado en sí mismo, incapaz de salir de los límites de su utilitarismo instintivo, sórdido y estrecho. Lazarillo lo observa y juzga todo en relación consigo mismo, según la fría norma de lo que le es útil y lo que le perjudica. Prefiere mendigar o aplicarse a pequeñas raterías e ingeniosas tretas que someterse a la molesta tiranía de un trabajo fijo. Es un «realista» tan sólo en el sentido de ver la vida fríamente, sin románticas exaltaciones, pero carece de ambición y hasta de codicia. Llama bien a todo aquello que satisface sus necesidades instintivas, y mal a todo lo que se opone a ellas. En estos juicios muestra la sinceridad y el acento de la verdad que ha crecido juntamente con la vida animal. Está más allá del bien y del mal, y su confesión es espontánea, sin amarguras ni resentimientos.

La caracterización psicológica de los personajes alcanza una precisión raras veces igualada. Este afán realista se acusa particularmente en algunas escenas que rozan los linderos de lo repugnante —así el episodio de la longaniza y el ciego—, pero nunca se llega a las repelentes crudezas que más tarde constituirán uno de los rasgos típicos del género.

Muy atinado al respecto el juicio de César Barja:

«Para nosotros no es dudosa la afinidad psicológica del pícaro y el místico. No queremos decir que el pícaro sea un místico, sino sólo que en su manera de ver el mundo hay algo de místico. Como el místico, el pícaro no ve en la vida más que algo pasajero, algo finito, que no vale la pena de tomarlo muy en serio, y menos aún dedicarle un gran esfuerzo. Se dirá que es vagancia la suya. Sí, pero una vagancia altamente filosófica: una vagancia de la que muy pocos españoles se han librado. La inquietud del pícaro nos parece responder a un vacío sentido dentro del alma, aunque el pícaro mismo no se dé cuenta de ello. Es la insatisfacción eterna de algo que nada satisface y que nada puede satisfacer. Esa insatisfacción,

ese *querer* sin objeto determinado, hizo de unos conquistadores, de los otros guerreros, de los otros místicos, de los otros pícaros, de algunos Don Quijote. En el fondo, todos coinciden. Hay quizá por eso mismo algo de trágico en toda la novela picaresca, que el ingenio y la gracia del pícaro no pueden borrar. Por debajo de sus gracias y de sus burlas, de sus tretas y de sus mañas, se ve siempre descubrirse un fondo negro y triste, que la sombra del hambre hace aún más negro y más triste. Por otra parte, al mismo tiempo que esa inquietud, el pícaro posee en alto grado la virtud mística de la *conformidad*, de esa conformidad tan española, expresada en más de cien refranes bien conocidos de Sancho Panza, especie de *senequismo*, que consiste en *aceptar las cosas como vienen, distraerse y consolarse*.»

Nuestro refranero abunda en tal senequismo: *A mal tiempo, buena cara. No hay mal que por bien no venga...*

En el último capítulo, aparece Lázaro casado con la concubina de un clérigo. Como las murmuraciones no cesan, Lázaro acepta el deshonor, con tal de dar fin a su ajetreada vida. Encubre la ignominia cínicamente (el subrayado es nuestro):

«Mayormente, si me quieren meter mal con mi mujer, que es la cosa que yo más quiero, y la amo más que a mí, y me hace Dios con ella mil mercedes, y más bien que yo merezco. *Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él... Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna.*»

Acentúa el cinismo al indicar que su madre vivía en Toledo: «Insigne la ciudad en donde las mujeres eran mancebas de clérigos» (Américo Castro, en *Hacia Cervantes*).

Mayor cinismo todavía cuando afirma estar en su *prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna*. Pues, de hecho, Lázaro encarna la *síntesis de los dos grandes insultos españoles*, por su turbio origen familiar y por ser consentidor del amancebamiento de su esposa: *malnacido y cornudo*. Claro que con otras expresiones populares más escarnecedoras e infamantes: el insulto *trimembre* (malnacido) y el insulto *bisílabo aumentativo* (cornudo).

## Antítesis de las novelas pastoriles y caballerescas

EN la novela picaresca se percibe una clara oposición a las novelas pastoriles, como *Diana*, de Montemayor. Al amor, como natural deseo de belleza en la existencia individual y concreta

del pícaro, se contraponen el realismo del apetito como natural deseo de lo útil, en cuanto satisface las necesidades primordiales e instintivas. Arte que aspira a hacer transparente la vida animal, observándola con una simpatía manifiesta.

Más directa y al mismo tiempo más compleja resulta la oposición de la picaresca a los libros de caballería. En el siguiente cuadro esquemático se refleja con marcado relieve la antítesis de las respectivas idiosincrasias de los protagonistas:

Caballero	Pícaro
1) Armadura, espada	Remiendos, cuchillo
2) Héroe, idealismo	Antihéroe, materialismo
3) Amor fiel como móvil primario	Nunca el amor como móvil primario
4) Geografía imaginaria	Geografía real
5) Universal	Nacional
6) Señor: victorias, honra social	Sirve a muchos amos: derrotas, deshonra
7) Moral (menos socialmente)	Amoral
8) Biografismo pasivo: en 3. <sup>a</sup> persona	Autobiografismo: en 1. <sup>a</sup> persona
9) Alardea de genealogía noble	Alardea de genealogía innoble: cinismo
10) Ambición	No ambición

Peculiaridades muy antitéticas, pero que, sorpresivamente, no impidieron su fusión. Y no en la literatura, sino en la vida real. Es el caso del Cid Campeador, héroe y también tramposo, al engañar a unos judíos con dos arcas que contenían arena en vez de oro. Y del Gran Capitán (caballero), al rendir sus cuentas ficticias. Y el del «bandido generoso» (*Luis Candelas, Curro Jiménez...*), que adopta actitudes caballerescas. Tales personajes «mixtos» alcanzaron siempre en España altas cotas de popularidad.

## Mitificación de la trampa española

*DON Quijote, Sancho Panza, Lazarillo...*

¿Con cuál se identifica más el español? En momentos, con todos y cada uno. Pero el que goza más continuidad y relevancia parece ser Lázaro de Tormes, cuyas ingeniosas tretas han logrado fascinar y siguen fascinando a los españoles hasta el punto de llegar a una especie de «mitificación» de la trampa.

Ya antes, en líneas anteriores, se adujo que la picaresca, en un grado u otro, existe en todos los países, pero que en España su expresión literaria goza de mayor calidad. Por otra parte, el influjo de la picaresca en otros países

en la vida de sus habitantes es más reducido y en general peyorativamente considerado por la mayoría de las personas como algo negativo e inmoral. En España, en cambio, y ya desde el principio, el contagio es casi endémico, y la mitificación creciente, alcanzando su onda expansiva a los núcleos sociales más elevados. Así lo hace constar Marañón:

«Fue el Lazarillo, sin duda, "la más famosa obra de ingenio" en tiempo del emperador. En este y otros manuales parecidos aprendían aventureros, malandrines y gallofos, no sus artes, que éstas necesitan de escuela práctica, pero sí de algo peor, que era la glorificación ingeniosa de sus fechorías y, por lo tanto, de hacerlas simpáticas. La infección *se extendió por todas las capas sociales*, pero no en vano tales libros se encontraban no sólo en los bolsillos agujereados de las gentes de mal vivir, sino *en la recámara de los señores, en el estrado de las damas y en el bufete de los letrados*. El alguacil y escribano que competían en picardía con los propios granujas; y el noble, jugador, tramposo y truhán; y la gran señora, hipócrita y liviana; todas estas gentes –sepulcros blanqueados por fuera– que aparecen en el primer término del escenario español durante los tiempos de la gran gloria estatal, era, en efecto, en esas páginas, tan divertidas y tan venenosas, donde aprendían su lección.»

Así nació la «mitificación» de la trampa española, que ha llegado hasta nuestros días, corregida y aumentada. Pues su sugestión en la vida real no se limita ya a los pobres descuidados vagabundos del hampa, sino que el área de su influencia se ha expandido hasta la cúspide social (iy política!), donde las trampas están a la orden del día invadiendo ampliamente todos los medios de comunicación.

Elocuentes ejemplos de la trampa española en acción, siempre engañando al prójimo para «sacar tajada», aunque sea mínima:

– *Colarse* en el metro, autobuses y espectáculos. Y no precisamente por falta de dinero, sino por el no pequeño placer de burlar los impedimentos y sobre todo los impeditos. Y luego, presumir de ello ante amigos y amigos.

– *Hurtos pequeños*, haciendo caso omiso de la transgresión venial contra el 7.º mandamiento, aun en fieles cristianos observantes en otras áreas. En círculos más íntimos, también se presume de ello.

– *Copiar en los exámenes*. Se utiliza el que se podría denominar «sistema tradicional», consistente en las llamadas *chuletas*: los temas del examen se incluyen en diminutos rollos de papel, escritos con letra microscópica, que se ocultan oportunamente en la manga. Hubo un estudiante, famoso asiduo al *chuletario*, al que sus compañeros, conocedores de su positiva capacidad inte-

lectual, intentaron disuadirle con el argumento de que, estudiando, perdería menos tiempo, dañaría menos a la vista y eludiría, además, la penosa tarea de transcribir los temas en «microcaligrafía». Inútil disuasión. El afectado no quiso privarse del placer de exponerse al riesgo y poder engañar al prójimo (en este caso, el profesor), ni del «prestigio» inherente de «copiador eminente» entre sus camaradas.

*Vagones del metro.* Hace bastantes años sorprendía en el interior de los vagones este inaudito cartel: «Prohibido fumar o llevar el cigarro encendido». El segundo miembro de la frase obedecía a las frecuentes y cínicas respuestas de los *fumoinfractores* a los apremios de los empleados del metro, a quienes, más que engañar, pretendían imponer su falaz subterfugio. Picaresca pura.

*Picaresca de alto nivel.* En los dos últimos decenios los españoles hemos tenido ocasión de presenciar, estupefactos, cómo personajes encaramados en el vértice de la sociedad eludían sus responsabilidades ante fraudes, chantajes y trampas mayúsculas, alegando total ignorancia (*se enteraron leyendo periódicos...*) y dejando *pagar el pato* a sus subordinados.

*Penalty ficticio.* El delantero se tira en el área contraria, haciendo la plancha —*la piscina*—, intentando engañar al árbitro e incluso a algunos espectadores. Marrullería que más de una vez ha logrado el *penalty* apetecido. Muchos más ejemplos se podrían citar de la picaresca deportiva.

## Crítica rigurosa

AUNQUE la publicación del *Lazarillo* fue acogida, en general, muy positivamente y hasta con entusiasmo, no faltaron algunos críticos —e hipercríticos— que hallaron motivos de acre censura. Entre ellos adquiere particular importancia Gregorio Marañón, en el prefacio a una de las ediciones de la novela, donde expone sus reparos al mensaje ideológico que destila el argumento y su conclusión, por más que juzgue excelente su forma literaria:

«Es inútil que advierta que mi actitud no se funda en motivos literarios. Literariamente, sé que muchas de las novelas de la picaresca española son maravillosas. El *Lazarillo* sin duda lo es; y a mí, como a cualquier lector, me lo parece... Mis peros son de otro orden. Se basan en su profunda inmoralidad, en su pesimismo, en su sentido despectivo de lo español. La inmoralidad de la novela picaresca no se refleja en ciertos episodios atrevidos —además no excesivamente crudos— del orden del amor y la barraganía. Esto nunca daña, ni siquiera a los ado-

lescentes en flor. Son cosas que, al fin, hay que saber y que no perturban la conducta más que a aquellos que la tienen, de nacimiento, lastimada. Pero en la novela picaresca el bellaco es algo más que un sinvergüenza simpático: es siempre el protagonista inteligente, hábil, ingenioso, ante el cual todos los obstáculos se esfuman; en suma, el héroe... Además de este su sentido radicalmente inmoral, la picaresca tuvo una influencia pesimista, lamentable, en el alma española. El triunfo de lo que no es justo produce siempre una impresión depresiva en la sociedad... Si el pícaro acaba en personaje, ¿para qué –se pregunta ese mismo varón simple–, para qué seguir la senda recta y dura?»

Finaliza reafirmando su postura crítica:

«A muchos extrañará mi diatriba contra los libros de la picaresca. Lo malo es que sea tan humilde su vapuleador y que no hayan encontrado todavía para arrojarlos –en hipótesis– al fuego una mano generosa como aquélla que arremetiera con mucha menos razón contra los libros de caballería.»

## Lazarillo en el Quijote

EN el capítulo 22 de la 1.<sup>a</sup> Parte del Quijote se halla la aventura de los galeotes, presos como delincuentes facinerosos, condenados a galeras. Al encontrarse con ellos, se desata en don Quijote su utópico celo libertador:

–...aquí encaja la ejecución de mi oficio: desfacen fuerzas y socorrer y acudir a los miserables.

A continuación va dialogando con unos y con otros, inquiriendo la causa de su prisión. El último, el famoso Ginés de Pasamonte, empedernido tunante, hace saber que ha escrito su vida y que la piensa vender por doscientos reales:

–¿Tan bueno es? –dijo don Quijote.

–Es tan bueno –respondió Ginés–, que mal año para el Lazarillo de Tormes y para todos cuantos de aquel género han escrito o escribieren.

Al acabar sus interrogatorios a los galeotes, manifiesta don Quijote su veredicto redentor:

Y volviéndose a todos los de la cadena, dijo:

–...y que podría ser que el poco ánimo que aquél tuvo en el tormento, la falta de dineros déste, el poco favor del otro y, finalmente, *el torcido juicio del juez*, hubiese sido causa de vuestra perdición y de no haber salido con la justicia que de vuestra parte teníades.

Claro que Cervantes no llegó a poner mayúsculas...

## A modo de conclusión: el anonimato

LA edición de Joseph V. Rikapito nos ofrece esta atinada síntesis:

«El *Lazarillo* resulta, pues, creación híbrida, curiosa a su manera, resultado de una gama de incitaciones literarias, nacionales como extranjeras, morales, sociales, políticas, con la lección erasmista en primer plano. Su autor fue un hombre culto, conocedor de varias literaturas y géneros literarios, gran conocedor de Erasmo y su obra, y de la Biblia, posible converso y en algún momento probable disidente político. Si el autor de esta insigne obra, que crea las posibilidades de la gran novela cervantina y consiguientemente la moderna, no fue Alfonso de Valdés, tuvo que ser alguien semejante a él.»